

MODESTA PROPOSICION A LOS PRINCIPES DE NUESTRA BELLA SOCIEDAD DE CONSUMO

JUAN GOYTISOLO

EL súbito apagón que el pasado 13 de julio sumió en la oscuridad a más de diez millones de neoyorquinos fue descrito por los *mass-media* del mundo entero en términos dramáticos y casi apocalípticos: noche de terror, angustia, incendios, robos, agresiones, pillaje. Los reportajes periodísticos y editoriales de los diarios y publicaciones de gran tirada presentaban cuadros de pesadilla a lo Hitchcock, imágenes de un *thriller* futurista, episodios de un folletín televisado de ciencia-ficción. Que el pánico, violencia y desesperación de los propietarios saqueados fueron reales nadie puede ponerlo en duda; que por espacio de unas horas desapareció, cuando menos en las zonas más pobres y abandonadas del área metropolitana, toda noción de "civismo" y se impuso la ley del más fuerte es igualmente cierto. Pero dicha forma de pintar lo sucedido en una ciudad que, para bien y para mal, marca la pauta a las restantes ciudades del mundo —basta observar, en efecto, su problemática insoluble y brutal para diagnosticar la que asediará tarde o temprano a las grandes urbes del llamado mundo democrático—, omite un factor importante, significativo y original del acontecimiento: la atmósfera comunitaria de expansión, regocijo y verbena con que los grupos marginados de la sociedad y clases sociales oprimidas vivieron la fiesta.

Quienes tuvimos ocasión de atisbar en televisión —a veces en directo— escenas de lo ocurrido en Harlem, el Bronx, Jamaica, Williamsburg, Crown Heights y Bedford-Stuyvesand, descubrimos con asombro que millares y millares de negros y puertorriqueños —las diferencias sociales se manifiestan claramente en los USA como en Europa en el color de la piel y cabello— disfrutaban de un imprevisto carnaval veraniego en el que los vínculos familiares y raciales —el espíritu de barrio— desempeñaban un papel esencial. Grupos de jóvenes y adultos embestían y destruían los escaparates con

tablones, adoquines, piquetas, martillos y depósitos de basura de municipio, animándose unos a otros con cantos ritmados y gritos alegres: *Let's do it, let's do it!* Una vez rota la vitrina, forzada la puerta o separadas las barras de la reja de defensa, la multitud irrumpía por los boquetes, iluminándose con linternas de bolsillo y protegiéndose a menudo los brazos de los vidrios destrozados mediante toallas o trapos, para reaparecer minutos más tarde con objetos y utensilios de toda clase, desde los más comunes y sencillos a los más sofisticados y extravagantes. Joyerías, colmados, tiendas de tejidos y electrodomésticos recibían la visita de "clientes" apresurados y ávidos que arrambaban con todas sus existencias sin necesidad de factura. Los almacenes de muebles eran especialmente favorecidos por un público numeroso, que, atraído, diríase, por un irresistible huracán publicitario, vaciaba las gangas y productos rebajados en un *shopping spree* de proporciones nunca vistas: familias enteras cargaban con mesas, sillones, sofás, cómodas, tresillos, radios, televisores, espejos, en un incesante ir y venir entre domicilios y almacenes; dos muchachos de apenas quince años empujaban por la acera un refrigerador gigante; una pareja acarrea un lecho doble o triple con todos sus aditamentos: campo de pluma, sin duda, de sus futuras y porfiadas batallas de amor. Los supermercados conocían igualmente una actividad inaudita: parroquianos entusiasmados atestaban las bolsas de papel y plástico de comestibles, latas, botellas; otros salían directamente a la calle con sus carritos colmados de vituallas y declaraban riendo a los entrevistadores —como una mujer de edad mediana, que ocultaba su identidad tras un turbante y unas enormes gafas ahumadas—: "Da gusto poder ir de compras sin necesidad del jodido dinero". Grupos de niños escogían risueños juguetes y regalos, anticipándose a la visita, para ellos escasamente pródiga, de Papá Noel o los Reyes Magos; adolescentes de ambos sexos se equipaban de camisas, zapatos, tejanos

e incluso chaquetas y abrigos, en previsión de las inclemencias del próximo invierno. En el Bronx, los vecinos destrozaron los escaparates de un almacén de exhibición de automóviles y partieron con cincuenta Ford, Pontiac, Oldsmobile, del último modelo, ya para pasearse unas horas con sus novias, parientes o amigos, ya para transportar más fácilmente en ellos los artículos adquiridos en la grandiosa e inesperada rebaja. En pocas palabras: la jerarquización rigurosa desaparecía, la marginación se eclipsaba momentáneamente, el individuo volvía a sentirse un ser humano entre sus semejantes.

La ciudad dejó de ser así durante unas horas, esa implacable jungla de asfalto donde el hombre se pudre, agoniza y muere solitario en su propio "ghetto", para transformarse en una colectividad festiva, fundada en la fraternidad cómplice de los participantes en aquel súbito y gracioso festín: miembros de una informada, pero real asociación de clientes frustrados, injustamente privados hasta la fecha del derecho de satisfacer el voraz apetito consumista estimulado por todos los resortes publicitarios de un sistema incapaz, en razón de sus escandalosas desigualdades sociales, de procurarle adecuada salida. Como confiaba un agente de Policía al *New York Times*, refiriéndose a quienes andaban de parrandeo: "No podían comprender por qué los deteníamos. Se ponían furiosos con nosotros y decían: 'Estoy sin empleo y tomo lo que necesito. ¿Por qué diablos viene usted a fastidiarme?' Un muchacho de dieciocho años, con un par de pantalones "recuperados" de algún almacén de tejidos, explicaba asimismo al correspondiente de dicho periódico que los jueguitas se sentían plenamente justificados a causa de la extensión del paro y la situación deprimida de la economía: "Serían realmente estúpidos si, no teniendo trabajo, no hicieran lo que están haciendo".

Lo ocurrido durante casi veinte horas a consecuencia del apagón constituye, en mi opinión, un índice revelador de las tensiones prác-

ticamente insolubles de nuestras sociedades industriales consumistas, un incidente cuyos efectos no se limitan, como ingenuamente pudiera creerse, a la específica "monstruosidad" neoyorquina ni siquiera norteamericana: afecta también a la situación sin salida en que progresivamente se encierran las grandes ciudades (París, Roma, Londres, Madrid, Barcelona, etc.) del continente europeo, en cuyo seno se hacían día tras día nuevas familias proletarias y grupos marginales víctimas del fetichismo industrial y la explotación despiadada de la burguesía, obreros y *lumpens* imposibilitados de recesión, su mísera fuerza de trabajo y presa inerme, no obstante, de unos sueños consumistas azuzados día y noche hasta la demencia: estímulos que, a fuerza de repetirse, crean reflejos físicos tan eficaces e inmediatos como los que descubriera Pavlov.

Ante un dilema de tal magnitud, limitarse, como proponía el alcalde de Nueva York, a una política de orden público destinada a reforzar los efectivos policiales e incrementar la vigilancia sería tan inútil como pretender sanar una infección mortal con remedios caseros y cataplasmas. El peligro que amenaza al sacrosanto derecho de propiedad y la economía de libre empresa es mucho más profundo y grave, y hora es ya, si queremos salvarlos, de tomar, como se dice, el toro por los cuernos. Teniendo en cuenta la triste, pero probada incapacidad del sistema de renovarse, evitar los ciclos de depresión y corregir las desigualdades abruptas, no veo sino una solución, que modestamente sugiero y elevo a la atención de las autoridades civiles, administrativas y municipales de nuestros países de maltrecha sociedad de consumo: extender e institucionalizar los apagones, imponiéndolos, a razón de uno o dos por año, a todas las ciudades de más de medio millón de habitantes. La fecha, como es obvio, debería mantenerse secreta, conforme a un sistema de sorteo en el que un niño, por ejemplo, escogiera un número con los ojos vendados, número confiado a continuación a los cuidados de una computadora, que, llegado el momento —la "hora H" simbolizada por la cifra—, entraría en funciones y provocaría el colapso de todo el suministro eléctrico del área metropolitana, preservando así —eso es fundamental— el factor sorpresa. Los ciudadanos pobres y clases desfavorecidas sabrían entonces que se "levantaba la veda" y disponían de unas pocas horas para procurarse cuantos artículos y bienes de consumo requerían sin

necesidad de dinero, siempre y cuando logran forzar los naturales mecanismos de defensa de los poseedores y la persecución de la Policía. Esta, a su vez, aunque desbordada por los acontecimientos, se esforzará en cumplir con su deber, intentando socorrer a los dueños de los almacenes visitados y detener a algunos merodeadores nocturnos. Posibles reglas del juego: prohibición rigurosa del empleo de armas, e incluso de toda forma de agresión física por parte de los jueguistas; benignidad y comprensión de las Fuerzas del Orden; establecimiento de un seguro contra apagones en favor de los comerciantes. Ventajas del mismo: relajar tensiones sociales, que podrían desembocar de otro modo en una explosión revolucionaria súbita e incontenible; compensar la injusta distribución de los bienes con una verbena gratuita, abierta a todas las clases; permitir la integración indirecta de los necesitados en el sistema, poniéndoles la miel en los labios y satisfaciendo momentáneamente su apetito consumista. Otras ventajas suplementarias: introducir un elemento de emoción en el prosaísmo de nuestra vida diaria; avivar el espíritu de iniciativa e invención indispensable a una economía de libre concurrencia; reforzar la vigencia del modelo entre los numerosos partícipes de la arrebataña; suministrar pan y juegos circenses a unas masas urbanas tradicionalmente privadas de ellos. Sin contar con el maná de infinidad de sorpresas accesorias: promiscuidad alegre, propicia en parques, oficinas, vagones de Metro; posibilidad de yacer, sin peligro, en el lecho de la vecina o vecino; goce indiscriminado de meter mano por el simple placer de meterla. Si los gobiernos y municipalidades de nuestro universo democrático no comprendieran el carácter positivo del remedio propuesto cometerían sin duda un gravísimo error: la preservación de nuestros intangibles principios consumistas e industriales depende de ello. Lo contrario sería, mucho me temo, un verdadero "apaga y vámonos", infinitamente más peligroso que el apagón. ■



SIGLO XXI DE ESPAÑA EDITORES, S. A.

M. Castells

Ciudad, democracia y socialismo

S. Juliá

La izquierda del PSOE
(1935-1936)

F. Claudín

Eurocomunismo y socialismo (3.ª ed. corregida y aumentada)

A. Koyré

Estudios de historia del pensamiento científico

ESTUDIOS DE HISTORIA
CONTEMPORANEA

J. Solé Tura y E. Aja

Constituciones y períodos constituyentes en España (1808-1936)

HISTORIA DE LOS
MOVIMIENTOS SOCIALES

J. M. Palop

Hambre y lucha antifeudal. Las crisis de subsistencias en Valencia (Siglo XVIII)

J. H. Elliott

La rebelión de los catalanes (1598-1640)

CALLE PLAZA, 5 - MADRID - 33
Tels. 759 48 09 - 759 49 18 - 759 45 57
ESCORNALBOU, 12 - Tel. 235 22 08
BARCELONA - 13